

LA MARCHA DE LOS LAIQUENDI

PARA IGARAK.

Éste era un pueblo de los bosques y no tenían armas de acero, y la llegada de las bestias salvajes del norte los llenó de espanto, como lo declararon los Naugrim al Rey Thingol en Menegroth. Por tanto Denethor, el hijo de Lenwë, al tener noticias del poderío y la majestad de Thingol, y de la paz que había en ese reino, reunió en una hueste a las gentes dispersas, y las condujo por sobre las montañas a Beleriand.

El Silmarillion, pág. 125

Ante ellos tenían el que quizás fuese el último obstáculo en su camino. Al menos ése era supreciado anhelo. El camino había sido muy largo, desde las orillas del gran río de donde huyeron cuando la sombra amenazó con cubrir sus hogares. Habían llegado allí tiempo atrás, provenientes del lejano Este, de donde también habían sido desalojados por la insidiosa oscuridad que parecía querer cubrirlo todo.

Tenía los pies doloridos.

Ninguno de ellos sabía a ciencia cierta cuál era el origen de esa sombra que se había cernido sobre ellos. Al principio la sombra se presentaba lejana, una tenue penumbra que oscurecía las estrellas, pero día a día se iba acercando. Primero, una leve inquietud se manifestó en el bosque: árboles antaño sanos eran ahora presas de la carcoma y se desfiguraban tomando formas acechantes. Luego llegaron los lobos, más salvajes que nunca, procedentes del norte, de los duros hielos que cubrían las llanuras más allá de la floresta, y empezaron a azotar sus tierras. Y detrás de ellos los Orcos, en números como jamás se habían visto tan al sur. Las negras huestes asolaron sus hogares, quemando sus cosechas y cazando sus escasos animales. Arrasaban el bosque, y tras ellos dejaban cenizas, ruinas y tierras donde ya nada crecía. No se limitaban solo a saquear y matar, sino que hallaban placer en destruir y mancillar cada palmo de esa tierra que para ellos significaba su vida y sustento.

Cansancio y pena en su alma.

Intentaron hacer frente a la oscura marea, pero sus flechas y lanzas de madera poco podían contra sus pesados escudos y cotas. Algunos jóvenes se aprestaron a combatir, pero la mayoría no volvieron. Los que lo hicieron contaban historias de negros nubarrones de cuervos acompañando al enemigo, y tras ellos había una voluntad cargada de odio, que no se conformaba con matarles, sino que buscaba algo más: destruir cualquier rastro de su pueblo. Les odiaba más allá de lo que podían imaginar, porque ellos no sabían odiar. Desconocían aún ese sentimiento, y les sorprendió que pudiese ser tan profundo.

Ella miró atrás.

Ellos conocían el miedo: Lo habían conocido durante la Larga Marcha que les había traído hasta las riberas del río. Lo habían conocido cuando abandonaron al resto de su pueblo

para quedarse en aquellos hermosos bosques que cubrían las amplias leguas entre el Río Grande y el mar interior. Lo conocieron cuando se encontraron solos bajo las estrellas, sin guía ni señor. Lo conocieron una y otra vez, cada vez que el bosque se sentía amenazado por la noche. Pero nunca hasta ahora habían encontrado un sentimiento tan lejos de su comprensión como ese odio. Ellos habían vivido siempre en comunión con la naturaleza: amaban la tierra y ella les amaba y les correspondía con sus frutos. Jamás les faltó comida ya que el bosque pagaba sus cuidados con frutos abundantes, y la caza no escaseaba. Cogían lo que necesitaban, no más, y a cambio eran los guardianes del bosque, cuidaban acá que a los árboles no les faltara la luz, allí curaban al cervatillo que se había roto una pata, y allá velaban por que el arroyo impetuoso no arrastrase las piedras que formaban el vado y se bloquease su propio camino unos centenares de pasos más adelante. Ellos cuidaban el bosque y el bosque les cuidaba a ellos. En su vida no había odio. Sí había temor, pues la sombra les había amenazado desde su nacimiento en el lejano Este, pero no odio.

Las lágrimas asomaron a sus ojos.

La decisión fue dura, pero no les quedaba más remedio. Debían marchar, reiniciar la marcha, siguiendo los pasos de sus hermanos, so pena de perecer allí. La tristeza les ganaba cuando pensaban que debían dejar atrás las tierras donde se habían criado, los hermosos bosques donde habían soñado con vivir para siempre. En cada árbol y cada brizna de hierba se quedaba un fragmento de su alma. Eran tantos los recuerdos que dejaban allí que les parecía que sus espíritus jamás habrían de desaparecer de ese lugar, por muy lejos que sus caminos les llevaran... pero tras ellos estaba la sombra, y la sombra borraría todo recuerdo de ellos, dejando solo un erial de lamentos, una triste desolación donde su recuerdo se marchitaría.

Una lágrima corrió por su mejilla.

Recuerdos. Era lo único que les quedaba de ese tiempo feliz.

Dio un último adiós a su único hogar.

Las montañas. Era lo único que les separaba de lo desconocido.

Reinició la marcha, ascendiendo la escarpada senda.

La montaña se alzaba ante ellos cual muro. Muchos lo habían traspasado antes, pero ninguno volvió. Que habría al otro lado era un misterio. Quizás las Tierras Benditas de las que hablaban lejanas leyendas de tiempos pasados, quizás una tierra tan hermosa que nadie podía soportar dejarla atrás y desandar el camino. Pero, ¡ay!, lo mismo habían creído de sus bosques y sus ríos. No, no eran sus bosques y sus ríos. No les pertenecían a ellos ni les pertenecerían jamás a nadie. El bosque no tiene dueño. El río no está sujeto a amo alguno. Estaban antes que ninguno de ellos traspasara las fronteras de esas tierras, y continuarían allí. Nadie podía ponerles coto ni límite alguno, excepto poniéndose límite a él mismo. Nadie podía destruirles, sin destruirse a su vez. La naturaleza y sus habitantes son una misma esencia, una misma alma.

Y ella seguía caminando, ¿hacia dónde?

Lejos quedaban los días felices de la infancia. En otras circunstancias nadie habría pensado en ella como una adulta, pero todos habían crecido, mucho más rápido de lo que cabría esperar. Aún estaba en la edad de corretear despreocupadamente por los dulces vergeles, su pelo salpicado de gotas de hermoso rocío, sus pies refrescándose en las cantarinas aguas, una guirnalda de flores y hojas ciñendo su talle, y una alegre risa siempre en sus labios. Pero no pisaban sus pies la mullida hierba, sino ásperas piedras. No era una bella guirnalda la que ceñía su talle, sino un cinto de cuero. Y sobre sus hombros no se posaban los pájaros a entonar sus dulces trinos, sino que cargaba una pesada mochila. Su cara, delicada y hermosa, reflejaba sus breves años, pero sus ojos, con ese brillo especial, que traspasaba y hería con el reflejo de lo perdido, revelaban una madurez impensada para una jovencita. Mucho había sufrido ya, y el sufrimiento había templado su juventud. La niñez quedaba atrás, y la juventud pasaba rauda, deslizándose entre sus manos como fina y dorada arena, y solo quedaba un fino destello en el aire: el recuerdo.

Sintió una fresca brisa en su cara.

El camino llegaba a su fin. En pocas horas cruzarían la carena de las montañas y sabrían que se ocultaba al otro lado. Sus esperanzas crecían a cada instante. La brisa portaba aromas de regiones lejanas, aromas de bosques, praderas y arroyos. Regiones aún desconocidas, con olores desconocidos. Pero había un cierto perfume, entre la multitud de esencias que les invadían, que ya conocían. Pero no lograban reconocerlo, por más que lo intentaban.

Pero a ella le llenaba de temor.

Por fin llegaron a la cima. Ante ellos se extendía una nueva tierra, salpicada de bosques, y podían ver lejanas montañas, y grandes ríos que cruzaban la región, y al fondo el mar. Se quedaron sin aliento al verlo. En él se mezclaban de forma mágica el azul del cielo despejado y el verde de la hierba fresca, en deliciosa e irrepetible combinación. Un súbito anhelo les invadió al verlo. Y también se vieron llenos de un reverente respeto. Deseaban transitar sus caminos, explorar todos sus rincones y descubrir los profundos secretos del mar. Pero al mismo tiempo lo respetaban y reverenciaban. No lo temían, pues no se puede temer a aquello que forma parte de uno mismo. Era un profundo respeto. Respeto hacia lo más grande que habían visto nunca. El inmenso cielo no les había parecido jamás tan grande como era ahora el mar. Ante el cielo no percibían sus límites, pero los del mar eran claramente patentes ante sus ojos. Pero teniendo límites también llegaba tan lejos como el cielo. Podían alcanzarlo, pero jamás abarcarlo. Y muchos de ellos se vieron dominados por su atracción. Atracción por lo desconocido, por un preciado anhelo de alcanzar un más allá que se les antojaba ahora más cercano.

Pero ella no vió el mar.

— Levanta la vista, y contempla nuestro nuevo hogar, querida.

Sus ojos seguían clavados en el suelo, cuando él la llamó.

Hacía tiempo que él la llamaba "*querida*". Sabía que su sentimiento era sincero, y ella deseaba corresponderle, pero se sentía incapaz. No podía hacerlo, pues su amor no era para ser alguno sobre la faz de Arda. Su amor estaba destinado a un recuerdo. El recuerdo de su hogar, de las maravillosas tierras donde había nacido y jugado. Amaba esos ríos, esos árboles, cada oculto rincón donde penetró, como si fuera la primera criatura que descubría ese lugar, esa belleza que le sorprendía tras cada recodo, bajo cada fronda, junto a cada cascada, en el fondo de cada estanque, una belleza siempre nueva. Jamás se cansó de visitar esos refugios. Cada vez que entraba en ellos se veía sorprendida por un nuevo color, un nuevo reflejo de la luz sobre el agua, un nuevo sonido murmurando entre las hojas. Todo era nuevo a sus ojos.

Sus ojos estaban ahogados en lágrimas.

No vio el mar. Vio una oscura sombra extendiéndose ante ellos. El mar quedó oculto ante sus ojos, no supo si velado por las lágrimas o por el paso de una fugaz nubecilla. Donde él veía verdes y azules, salpicados de pardo, ella veía múltiples tonalidades de gris.

— ¿Ves? Éste será nuestro nuevo hogar, aquí viviremos una nueva vida, felices de nuevo, tú y yo juntos, si tú lo deseas.

Su alma se hacía pedazos.

Él y ella juntos, para siempre. Sería magnífico. Pero habría siempre una parte de ella que no sería feliz, que había quedado anclada al otro lado de las montañas, para siempre. Y un alma dividida no puede ser feliz. ¿Pueden arrancarse los sentimientos, los recuerdos? No, pueden olvidarse, pero siempre vuelven, antes o después, y, cada vez que vuelven, con ellos vuelve el dolor, más profundo cada vez. Arrancar la memoria sería, quizás, un alivio, pero la vida sería triste sin recuerdos de juventud e infancia, dulces y amargos a un tiempo. Pero no podía ser. Su alma se había roto definitivamente, y nada ni nadie sería capaz de reunir sus fragmentos dispersos a este lado del Mar.

Reemprendió el camino

Ahora descendían hacia los profundos valles, cubiertos de inconmensurables bosques, por donde corrían cantarines los arroyos hacia el lejano mar. Sus voces resonaban entre las roqueñas alturas. El descenso sería largo, cubierto de obstáculos y dificultades. Pero llegarían a una nueva tierra y un nuevo hogar.

Solo hay un hogar, y ya está demasiado lejos para regresar.

Cayó al suelo. Todos pensaron que se había desmayado por el agotamiento de la jornada. Él corrió hacia ella, tocó su mejilla. El calor desaparecía rápidamente de su cuerpo, pero abrió los ojos por última vez, y le dedicó sus últimas palabras.

*Tú miras donde cielo y tierra se unen;
Yo miro donde mi espíritu permanece.
Alegría y tristeza fundes en dulce crisol;*

*Mi sonrisa oculta está bajo la fría escarcha.
Tu amor que sea mi esperanza quieres;
Mi amor desespera lejos de aquí.
Mis pasos guías, aunque quisiera volver atrás:
Desandar el camino, desandar el tiempo,
Hasta encontrar de nuevo el hogar
Donde felices fuimos,
Y ya no volveremos.
Una luz se apaga, mi luz huye lejos;
Pero vos debéis ser luz que los conduzca, Denethor.*

Denethor lloró. La pena había sido más fuerte que ella. Todo era desesperación y llanto a su alrededor.

Solo hay un camino... y llega a su fin.

* * *

(...) y cantó doliéndose de la amargura del mundo y la Injuria de Arda.

El Silmarillion. pág. 102

Tomaron sus restos ya fríos y en silencio los colocaron sobre improvisadas parihuelas. En silencio los llevaron hasta la orilla del río donde esperaba Denethor y la mayor parte del pueblo. Colocaron su cuerpo inerme sobre una rústica balsa de juncos que habían construido. Su cabello negro enmarcaba su pálido rostro. Las mujeres se habían encargado de vestirla con bellos ropajes blancos para su último viaje. La corriente arrastró la frágil embarcación río abajo, hasta que se perdió en un recodo tras los árboles.

Denethor lloraba. Lloraba como no lo había hecho desde la muerte de Lenwë, su padre. El dolor laceraba su corazón. Se encontró en ese momento sin fuerzas para seguir un camino que no sabía dónde les llevaría; sin fuerzas para dejar atrás a su amada. Tomó una decisión. Permanecería donde ella les había abandonado... no seguiría el camino. Quizás encontrarán entre los suyos otro capaz de conducir a su pueblo, pero ya no sería él. Había perdido su mayor apoyo, su mayor esperanza.

Comunicó su decisión a la asamblea, y ellos compartieron su pena. Nadie quería abandonar a su señor. De hecho, dijeron, no tendrían otro señor sino él. Hasta allí habían seguido sus pasos, y si él no continuaba, ellos tampoco. Acordaron enviar exploradores al Oeste, con la esperanza aún de encontrar otros de su pueblo, pero ellos vivirían allí, en los valles que descendían de las montañas.

Siete ríos regaban esa tierra y según cuentan las historias de los Días Antiguos estos eran sus nombres, desde el norte hasta el sur: Gelion, el grande; Ascar, del lecho dorado; Thalos, el de impetuosa corriente; Legolin, de verdes aguas; Brilthor, resplandeciente; Duilwen, a cuyas aguas ella fue entregada y Adurant, en cuyas riberas habitan los muertos. Denethor edificó su hogar a la orilla del Duilwen, y allí esperó nuevas noticias.

* * *

Thingol les dio la bienvenida, como a parientes perdidos que regresan después de un largo tiempo, y ellos habitaron en Ossiriand, la Tierra de los Siete Ríos.

El Silmarillion, pág. 125

Los enviados volvieron con noticias de un gran reino en los bosques del noroeste, bañado por dos grandes ríos. En lo más profundo de ese bosque vivía Elwë, uno de los líderes de su pueblo tiempo atrás. Había marchado, junto a su hermano Olwë, tras la égida de Oromë cuando él les había conducido hacia el Oeste desde su antiguo hogar al Este de todos los Estes... Ahora se había demorado él también en esa tierra hermosa, junto a la angelical Melian. Ella era una criatura del Reino Bendecido del Oeste que amaba la penumbra de las Tierras de Aquende, y cantaba junto a los ruiseñores cuando Elwë la encontró. Cantaron juntos largo tiempo, y junto a ellos se reunieron los restos de su pueblo. Con la ayuda de los Naugrim habían construido una gran fortaleza subterránea: Menegroth, las Mil Cavernas junto al Esgalduin. Allí estaba su alto trono, desde donde gobernaba con justicia las tierras de Beleriand, a donde habían llegado los rezagados de la Larga Marcha. Se les recibió como hermanos, largo tiempo perdidos, y les ofrecieron su conocimiento y su bendición. Si así lo deseaban, serían huéspedes en las estancias reales, o podrían vivir donde prefirieran. Solo una amenaza pesaba sobre todos ellos: la insidiosa oscuridad que acechaba en el frío Norte.

El virtud de la antigua lealtad a la que la sangre les obligaba, Elu Thingol (pues así era llamado entre los suyos Elwë) les pidió que guardaran las tierras donde habitasen de la oscuridad, y que llegada la necesidad, ambos marcharan a la cabeza de sus hombres para darse mutua ayuda. Estuvieron de acuerdo en ello, pues grande era el poder de Menegroth según lo que los emisarios contaron, y el recuerdo de la oscuridad de la que salieron huyendo aún estaba demasiado vivo en sus corazones.

* * *

Los Orcos descendieron sobre ambos lados de Menegroth, y desde los campamentos del este entre el Celon y el Gelion, y saquearon a lo largo y ancho vastas extensiones de las llanuras occidentales, entre el Sirion y el Narog; y Thingol quedó separado de Cirdan en Eglarest. Por tanto convocó a Denethor; y los Elfos vinieron en gran número de Region, más allá del Aros, y de Ossiriand, y libraron la primera batalla de las Guerras de Beleriand

El Silmarillion, pág. 127

– ¡Corred! ¡Atrás! ¡A las empalizadas!

La voz de Denethor se alzó por encima del estruendo de la lucha. La oscura marea armada de frío acero amenazaba con ahogarles. La débil fortificación en lo alto de la colina de Amon Ereb era su última esperanza. Una empalizada y una endeble torre de madera constituían su única oportunidad. Denethor y su custodia guardaron la puerta hasta que todos estuvieron dentro. Con gran esfuerzo lograron cerrarla, no sin antes tener que dar cuenta de varios enemigos que intentaban forzar el paso. Los arqueros desde la

empalizada y la torre sembraron la destrucción entre los Orcos, que huyeron aterrorizados. Un instante, quizás un rato de calma, pero sabían que no duraría mucho, que volverían a atacar, esta vez con mayores fuerzas y seguramente bajo el mando de algún oscuro capitán. Denethor reunió a sus soldados y los distribuyó como mejor pudo para alargar la defensa al máximo. La custodia ya había despedido a sus caballos antes de ser rodeados. Actualmente debían estar camino del hogar, camino de Ossiriand. Cuando llegasen allí, su pueblo sabría que no había esperanzas para ellos, que solo les separaba una dura lucha del final, de la muerte.

Denethor pensó en ella, en sus últimas palabras. "Ella no habría querido que retrocediera ahora. Debo conducir a mi pueblo hasta el final, por amargo que éste sea." Su consuelo era saber que pronto estaría con ella. Triste consuelo sin duda. Pero no era momento de pesares, todavía. Era momento de luchar. Una lucha desesperada, que seguramente nadie recordaría, que nunca sería cantada, excepto por las mujeres de los que allí morirían, como un amargo lamento por sus amados. Una voz entonó un altivo canto, que narraba las cacerías de Oromë bajo las estrellas, en el lejano Este, cuando la oscuridad empezaba a crecer y ellos iniciaron la Larga Marcha. La voz de Denethor, quebrada por la pena, se unió al cántico, y con ella varias más. En breves instantes toda la cima de Amon Ereb estaba coronada de música, una música terrible. De entre los equipajes de la soldadesca surgieron varias arpas, laudes y flautas. Parecía increíble que hubiesen resistido largas marchas y duros combates, para ser oídas allí por última vez. Denethor ascendió a lo alto de la torre y miró a su alrededor, desafiante.

Una rápida mirada al terreno enterró sus últimas esperanzas. Al Este alcanzaba a ver el Gelion, y la hermosa tierra de Ossiriand, donde se ocultaba su pueblo, y descansaban sus memorias. Al Sur las selvas sin fin de Taur-in-Duinath, extendiéndose hasta el lejano Sirion. Al Oeste podía ver como el largo muro de Andram llegaba hasta un punto en el horizonte donde una niebla cubría las estrellas: las Cascadas del Sirion. En varios puntos a lo largo del Ramdal se alzaban ya grandes hogueras como piras donde se levantaban fortificaciones similares a la de Amon Ereb. De allí no vendría ya auxilio alguno. Al norte podía ver muchas más hogueras, que le traían a su mente nombres de lugares apenas conocidos, pero que él sabía vitales para la guardia de las fronteras orientales de Beleriand: Nan Elmoth, Aglon, Himring... No conocía esos lugares, pero sentía que habían caído, o estaban en su misma situación. Eglador era la única esperanza. Si caía Thingol, caería todo recuerdo de la Luz del Oeste, y la sombra se cerniría inexorablemente sobre todos ellos. Una sombra cubría las estrellas allá lejos, una nube de tinieblas, en busca de la carroña de la batalla. El silencio volvió a dominar Amon Ereb.

Bajó los ojos y comprobó las defensas. Los arqueros se aprestaban tras los parapetos, haciendo acopio de flechas. Los lanceros se disponían alrededor de la torre, con sus largos puñales clavados en el suelo, dispuestos para cuando las lanzas ya no sirvieran de nada, en la última resistencia. Sus escudos entrelazados formando un último muro antes de la torre y sus lanzas listas. Tras ellos una última línea, armados con largas hachas. En la torre estaban él y su custodia: treinta bravos armados con cotas de malla entregadas como regalo por Thingol, pesadas armaduras de factura enana, las únicas que tenían. El resto de tropas vestían justillos de cuero. Alrededor de la empalizada exterior se alzaba un campo de estacas dificultando el acceso a la cima. La mayoría de ellas estaban rotas, por los

suelos, tras el último ataque que les había obligado a retirarse al interior. No pararían un nuevo ataque.

Miró más allá de la torre. La oscura marea de Orcos empezaba a ascender, por todos lados. Sus pesados pies calzados de hierro retumbaban como un lejano trueno, acercándose continuamente. Golpeaban con sus cimitarras de hierro los brocales de los escudos. El estruendo de centenares de tambores de guerra remataba la cacofónica sinfonía. Era la hora.

A una orden suya una lluvia acerada cayó sobre los Orcos, pero no los detuvo. Sus pesadas cotas y grandes escudos detenían buena parte de las saetas, pero también muchos de ellos caían a causa de un tiro certero. Cada uno que caía era reemplazado por otro, en una sucesión sin fin. Desde la retaguardia surgían flechas negras que se clavaban en la empalizada, y ocasionalmente en alguno de los valerosos defensores, pero ellos tampoco se arredraban. De repente alzaron un fiero canto, con sus voces hermosas luchando contra los tambores y el estrépito de los Orcos. Ese canto estaba cargado de tristeza por el hogar a donde sabían que no volverían, pero también de orgullo y valor. Nadie pudo decir jamás que los Elfos de Ossiriand cedieron un paso sobre la cima de Amon Ereb.

Un ariete se abrió paso entre las filas de los Orcos y asaltó la puerta. Escalas de madera y pesados garfios atados a cadenas llegaban a lo alto de los muros sin que los defensores pudiesen rechazarlos todos. Poco a poco cedió el muro. Los lanceros permanecieron en su puesto. El muro de escudos no se movió una pulgada para ir a defender la empalizada. Sabían que era un esfuerzo inútil, y que causarían más daño al enemigo si permanecían allí, dispuestos a luchar hasta la última gota de su sangre, ordenados y firmes. Sus ojos lloraban por sus hermanos, pero no dejaron de cantar ni un instante.

El muro exterior había caído, y los Orcos se arremolinaron alrededor de la torre, pero no se atrevieron a atacar. Durante breves instantes permanecieron silenciosos, y el canto élfico dominó el campo de batalla, hasta que una lúgubre forma montada en un caballo negro como las tinieblas se abrió paso entre sus filas. Iba cubierta con una túnica roja como el fuego y esgrimía un látigo de muchas colas. Avanzó en el espacio que había entre ambos ejércitos y miró desafiante el muro de escudos. Entonces habló, con voz rota y siseante:

– ¿Essto? ¿Essto ess todo lo que oss detiene? ¡Cobardess! ¿Tendré que demosstraross yo como acabar con essta esscoria?

Alzó el brazo, y se disponía a descargarlo sobre los lanceros cuando una lanza venida de lo alto derribó su caballo. Denethor había arrojado su lanza, y fallado por poco. Descubrió su faz, e imponiendo su voz sobre el canto constante de sus hombres, desafió al oscuro capitán:

– Decidle a vuestro oscuro señor que Denethor, hijo de Lenwë, no volverá a huir ni retirarse. Decidle, si os atrevéis, como cayeron los Elfos en Amon Ereb, como su valor no tiene igual entre sus tropas malditas, y como el canto de unos pocos acalló el clamor de sus legiones. Decidle todo eso, si os atrevéis, o si escapáis de aquí con vida. Decidle

que mientras un corazón libre habite esta tierra bajo las estrellas, nunca será señor de ella. Puede hacernos sus esclavos, pero nuestro corazón no será esclavo suyo, ¡jamás!

El jinete se envolvió en su túnica y corrió a esconderse entre sus tropas antes que una segunda lanza se clavara donde había estado segundos antes. Denethor y su custodia descendieron y ocuparon sus posiciones en el muro. Denethor mismo colocó su escudo en la primera línea, clavó su espada en el suelo y agarró su última lanza. Los Orcos aún dudaban, pero una poderosa fuerza, el temor a su oscuro Señor, más poderosa que el miedo a esa muralla de Elfos erizada de lanzas, los hizo avanzar, de forma súbita, arrojándose hacia lo alto sin orden ni pensamiento más allá que intentar salir de esa ratonera con vida. Las lanzas hicieron su trabajo, y llegó el momento de los cuchillos y las hachas. Los Orcos caían sin cesar, segados por el élfico acero cual mieses maduras, pero seguían lanzándose sobre ellos. Cuando uno caía, dos más se arrojaban por encima de él. La potencia del canto de los soldados de Denethor fue disminuyendo, hasta que solo quedaron veinte, formando un apretado círculo. La mayoría hombres de la custodia, y en el frente, donde más enemigos acudían, Denethor.

Cuchillo, espada y lanza eran las notas de la melodía que no dejaban de cantar, pero uno a uno también ellos cayeron, hasta que solo quedó Denethor de espaldas contra la pared de la torre, con su escudo y su espada batiéndose contra la negra hueste. Una lanza le alcanzó el costado y se sumó a las múltiples heridas que ya le acosaban. Una pesada cimitarra le golpeó el brazo izquierdo, y se vio obligado a arrodillarse para poder seguir defendiéndose con el escudo. Ahora le llovían los golpes no solo de los costados y del frente, sino también por encima, y no tardó mucho en ser vencido por las heridas acumuladas y el cansancio. Al fin un hacha rompió su yelmo, y una espada golpeó su cráneo. Cayó al suelo, moribundo. Los Orcos se esparcieron en busca de su botín: sabían que el cabecilla no era para ellos. El capitán de la hueste, arrojando a un lado su capa roja, avanzó hacia Denethor, con una mirada de odio y menosprecio:

– No ssois tan orgulloosso ahora, Denethor, hijo de Lenwë. Vuesstro desstino oss ha alcanzado e igual hará con todo aquel que no sse ssometa a la autoridad de Melkor. Él ess el Sseñor de Arda, y habéiss tardado mucho en aprenderlo, como tantoss de vuesstro pueblo. Desscanssad en el fango, pressa de los gussanos, pues gussanos ssoiss todoss loss que ossáiss hacerle frente.

Cuando el capitán se giro, Denethor sonrió y reuniendo todas sus fuerzas arrojó su cuchillo, que se clavó profundo en el cuello maldito. El capitán cayó muerto al instante. Denethor expiraba mientras tanto en el suelo, pero aún pudo hablar por ultima vez:

–Linduen, a vos acudo. Largo tiempo me habéis esperado, pero por fin estaremos juntos... para siempre.

Ilyë firime
Adanost Dúnadan, Hir i Mberaid
8 de Julio de 1999